



RIGOLETO

SEMANA SANTA

CRUCIFIGE EUM

En presencia de los crímenes de Andalucía y de los sacrílegos excesos perpetrados á la faz del mundo en poblaciones como Alicante, parécenos seguir oyendo aquella voz del pueblo judío que pregonaba hace diez y nueve siglos, el drama sangriento del Calvario.

Tolle, tolle, crucifige eum.

Este es el grito con que la sinagoga liberal perpetúa públicamente la crucifixion de Jesucristo, combatiendo su soberanía social, y negando el reino de Dios y su justicia, como le negaban con sus actos los judíos carnales.

El Papa encarcelado, la Iglesia perseguida en todas partes, la Religión menospreciada por el ateísmo oficial, garantido por la fuerza bruta: el sacerdocio insultado y escarnecido por todas las hordas del progreso y de la civilización moderna, ¿Qué son más que signos de la inacabable crucifixion de Jesús y de la existencia de un judaísmo, tan infame y degradado, por lo ménos, como el que el hijo de Vespasiano pasó á cuchillo en los lugares marcados con la abominación del sangriento deicidio?

La Jerusalem judía no fué de peor condicion que la Jerusalem liberal.

Si en la primera fueron degollados los profetas, profanado el santuario, conculcadas las leyes divinas, blasfemado el nombre de Dios y crucificado Jesús, en la segunda siguen repitiéndose los mismos sacrílegos delitos, autorizados, consentidos ó tolerados por la ley civil que mira á la Iglesia como sierva, ó como reina haraposada, á quien concede una limosna miserable para que viva, á cambio de ejercer contra ella las tuiciones péridas enderezadas á tiranizarla mejor.

En la Jerusalem liberal han sido degollados los Sacerdotes, procesados los Obispos, despojada la Iglesia de sus bienes patrimoniales, peculio de los pobres y de los desvalidos, expulsadas las Ordenes religiosas de su domicilio, y convertido el santuario en lugar profano por las más impías y sangrientas saturnales.

¿No es esta tambien una forma de la crucifixion de Cristo?

Todos los tipos abyectos que desempeñaron papeles más ó ménos salientes en el drama cruento del Calvario, Anás, Caifás, Herodes, Pilatos, Judas, Barrabás, ¿no viven en el Estado moderno con vida tan real y encarnacion tan positiva que se los reconoce á grande y á pequeña distancia, sin grandes esfuerzos de imaginacion, como si fueran miembros de una raza inextinguible en el mundo, para desdicha de los hombres?

¡Sí; entre nosotros viven todos los tipos de la abyeccion y de la decadencia judaica, concitados contra Jesús, que predicaba el reino de Dios y la guerra contra el pecado. Con nosotros vive el falso apóstol que se finge amigo, para volver á vender por treinta dineros al Divino Redentor; el comerciante sacrilego, que quiere convertir la casa de Dios en cueva de ladrones; el fariseo vil, que tiene de aschanzas al justo para perderle; el juez apático y cobarde, que se le entrega al populacho soez, despues de azotarle y coronarle de espinas, para que le dé muerte; el ladrón blasfemo, que le insulta hasta en su agonía para complacer y deleitar á las cohortes brutales de patriotas sedientos de espectáculos de sangre y de prostitucion.

Hace treinta y ocho años que el drama del Calvario se volvía á representar en Madrid, á la vista de la sinagoga liberal, condenando la plebe á muerte á los frailes, sin juicio, tal y como en Jerusalem se condenó al Justo, bañando su furia hombres, mujeres y niños en su sangre humeante, arrastrando sus cuerpos y paseando en triunfo sus entrañas por calles y plazas; y con fecha reciente, en una ciudad española, que blasona de culta, se ha visto á una turba horrible, estúpida, desgreñada, prorumpir en gritos de muerte contra los jesuitas, encarnacion viva del mismo Jesús, cuyo santísimo nombre llevan con gloria; invadir los templos en son de guerra y de tumulto, ahogar su voz, ultrajar su dignidad, pedir su estermínio, y expectorar contra ellos y contra Dios por medio de una prensa bárbara y herética, las infamias que ni áun en el libelo clandestino podria tolerar un pueblo medianamente hidalgo y generoso.

La perpetuacion de la crucifixion de Jesús es evidente, y evidente es tambien el castigo de Estado deicida, llamado, para disfrazar mejor su decadencia y su bizantinismo, el Estado moderno.

La mano negra de Andalucía no es en suma más que la mano de los soldados de Tito, que vienen á clavar las águilas romanas en lo más alto del monte de la Jerusalem liberal, para pasarla á cuchillo y destruirla á hierro y á fuego, no quedando en pié de ella piedra sobre piedra.

La federacion del crimen, que proclama en España como en Francia, como en Italia, como en Suiza, Alemania y Rusia los ideales feroces de la anarquía y del colectivismo, no es, en suma, más que una de las formas con que las leyes inmutables de la Providencia, castigan las grandes preparaciones de los pueblos, valiéndose unas veces de los romanos para destruir á los judíos, otras de los bárbaros para destruir á los romanos, y otras de los árabes para destruir á los godos.

Los presentes dias son de meditacion y oracion. Meditemos los altos misterios de la redencion humana verificada por el sangriento deicidio del Calvario. Y pidamos á Jesucristo por los enemigos de su Iglesia.—L. H.

BREVE SUMA Y RECOPIACION

DE LOS

TRABAJOS DEL SEÑOR AL TIEMPO DE SU PASION

A cuatro maneras de trabajos se pueden por agora reducir los que en esta vida padecen los hombres: ó son por el daño de la hacienda ó de la honrra y fama, ó son dolores del cuerpo y del alma; y ninguna destas hubo que el Señor antes de su muerte no padeciese colmadísimamente.

Y porque aquí se diga todo lo que toca á la deshonrra, ¿qué mayor puede ser de un hombre de la autoridad y opinion del Señor, que fuese llevado por aquellas calles de tribunales en tribunales, y al cabo salir sentenciado á muerte en cruz? ¿Qué dijéramos de un hombre cuya causa fuera acusada por los religiosos, y vista por ambos tribunales, eclesiástico y seglar, con asesoría de la inquisicion y de la audiencia real, y vista por los ojos del mismo rey, con pareceres de muchos frailes y letrados? ¿Quién dijera que iba aquel proceso mal sustanciado y sentenciado? Pues desamano salió Cristo al monte Calvario, acusado por los religiosos de aquel tiempo, que eran los fariseos; relajado ante Pilatos por los pontífices y príncipes de los sacerdotes, remitido al rey Herodes, y pedida su muerte á voces de todo el pueblo; sentenciado á morir en la cruz afrentosamente entre dos famosos ladrones, y trocado por otro más famoso ladrón y homicida; sabiendo él, como sabia, que habia sido entregado de su mismo discípulo y la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos y la mesma codicia de su muerte asentada por juez en el tribunal; la forma del juicio tan apresurada, el color de religion donde era todo impiedad y blasfemia contra Dios, el aborrecimiento de Dios disimulado con apariencias falsas de su honrra y amor, ¿qué piensas que sentiria él, que tal sabia y tal padecia?

Tras esto, ¿qué pena le seria aquella noche en la cena despedirse de sus discípulos que tanto queria y habia traído en su compañía? ¿Qué demás que su tristeza de cada uno dellos era un clavo que le atravesaba el corazon, por haberlos de dejar aquel poco de tiempo solos y desconsolados; pero con su ignorancia sentirian haber dejado sus haciendillas, negado á sus padres, rompido con sus deudos y conocidos, por andarse tres años tras un hombre que al cabo venia á morir tan deshonrrado, y á dejarlos descarriados, silbados y mofados en el pueblo y en el mundo, herederos de tanta ignominia como de su muerte les habia de quedar, con gran desconsuelo y soledad? Pues lo que en el huerto padeció despues desta cena, ¿cómo se podrá contar, pues excede en parte á lo que padeció en el monte? Porque á cada paso parece que ponía el pié en un clavo, ó por mejor decir, el corazon, pensando cuán apriesa se le acercaba tan cruel y deshonrrada prision. Y llegado al huerto, escogió tres de sus discípulos para su compañía, de que se vió necesitado, y éstos le faltaron por el sueño. Derrribado en oracion delante del Padre, pidiendo que pasase dél aquel cáliz, dejó su alma desamparada, y ofrecióle juntos todos los tormentos, afrentas y dolores que otro dia habia de padecer, que fué uno de los mayores, ó el mayor que tubo en el siguiente dia; porque de solo el pensamiento de la muerte otros suelen desmayarse. Tal hubo que la noche antes en nuestros tiempos, estando sentenciado á muerte, de solo el pensamiento encaneció, no siendo la muerte cierta, pues al fin no murió de aquella vez; ¡qué seria teniendo el Redentor la suya tan cortísima cuanto era su ciencia divina y la sentencia del cielo? Y no solo la muerte, pero todos los demás trabajos y dolores que antes della habia otro dia de padecer. Dije que no me parecia más intolerable afliccion que la del dia siguiente, por que no hay muerte tan amarga ni dolorosa que traiga juntos tantos dolores como él allí padeció; que es una cosa que agrava mucho los trabajos pade-

cerlos juntos, como del santo Job y del pobre Lázaro dijimos en sus lugares. Fuera deso, la misma muerte en sí no fué tan poderosa y fuerte como el pensamiento que Cristo aquí tuvo della; porque la muerte real ni se atrevió ni pudo sacar al Señor sangre de su cuerpo, sino fué mediante los instrumentos de azotes, espinas y clavos, pero aquí sin ninguno dellos le sacó sudor de sangre por todo el cuerpo; lo cual procedió, lo uno del desamparo que el sentido del Señor tuvo de todo favor en aquella hora, porque ni rindió al temor que tuvo sus fuerzas para que no se lease con ellas, ni causó en su carne y alma insensibilidad, como pudiera, para no sentir mucho las cosas que tenia en su aprehension; ni se valió de su divinidad, como pudiera, antes hizo que desamparase en aquella hora á su santa humanidad; ni puso los ojos en la gloria de su cuerpo que por allí merecia, que, como atrás queda dicho, suele dar gran esfuerzo al que padece, apartando su pensamiento destes tormentos que tenia, y poniéndolos en la gloria, ó siquiera repartiéndolos, para templar con el uno al de los tormentos. Lo segundo procedió del gran valor y fuerza con que peleó en aquella agonía; el cual llamó afuera los espíritus y la sangre, como acaece á algun valiente que quiere probar sus fuerzas en una rara prueba della, que suele por los oídos y narices reventarle sangre; pero eso es cosa no rara, como la del verterla por todos los poros del cuerpo con solo el valor del ánima, que peleaba contra el temor de tan increíbles dolores que otro dia esperaba.

Aquí verás la mansedumbre del Redentor, que, siendo todo su trato con sus enemigos, cuyos pechos él conocia ser dañados y deseos de le beber la sangre, no huía, antes los enseñaba, curaba y predicaba; pero no es posible que, viendo el daño y traicion que le trataban, no tuviese alguna tristeza natural; pero á lo ménos todas las veces que se acordase de las cosas que se la habian de dar despues, lo habia de tener mayor, y el mesmo se las acordaria, por el deseo que tenia de nuestra salud.

Tras esto, las desacatadas manos de los que vinieron á prenderle, la priesa de la ejecucion de lo que poco antes habia aprendido, el haber de acudir á la libertad de los discípulos, la traicion del uno dellos, la priesa de los Tribunales, la negacion de san Pedro, aquella noche tan larga gastada en atormentarle, la crueldad y multitud de los azotes, las burlas y mofas cuando le vistén ora de andrajos de púrpura como á rey de burla, ora de blanco, como á loco, cuando le escupen; de lo cual dice un doctor que el paño que en los ojos le ponían en achaque de jugar con él á adivina quien te dió, no era sino porque el rostro suyo era tan grave y venerable, que no tenia brazos para hacerlos mal, y con todo eso, le escupian en el. ¿Que dire de cuál le paró Pilato para sacar alguna compasion de aquella dura canalla? ¿Que de las buenas esperanzas que apenas nacian cuando se secaban? Que es uno de los grandes dolores que se pueden decir de un hombre desdichado, cuyas cuantas él quiso tambien padecer; porque, así como la deshonra decíamos que sale más puesta á par de la honra, como todas las colores y otras cosas á par de sus contrarias, así el temor se dobla puesto junto á una esperanza, que presto se marchita, aunque en naciendo estaba verde. ¿Que tuvo destas el Redentor? Lo primero, cuando temiendo Pilato su condenacion por haber oído que era Hijo de Dios, y se encerró á tratar con el Señor deste punto, en que resplandecia una luz y cierta esperanza de libertad y salud, y cuando remitió el conocimiento de la causa Pilato á Herodes, que por oídas tenia divino concepto de Cristo, ¿quien no esperara breve y favorable conclusion? Pues cuando puso Pilato la libertad de Cristo en manos y eleccion de aquel pueblo, á quien con tantas y tan piadosas obras tenia Cristo obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida que quitaba la vida á los hombres ó al que se la daba tan maravillosamente á los muertos; cuando avisó su mujer al juez de lo que en vision habia visto, y le amonestó que no condenase á aquel justo, ¿que fué todo esto sino llegar el negocio á las puertas del buen suceso? Pues este subir de esperanzas y bajar tan subitamente á temores: este tener casi asida la libertad y buen suceso de negocio tan peligroso y despiantarse de improviso ¿Que cosa hay más triste ni amarga? Pues no quiso el Señor privarse deste trabajo de andar entre esperanzas y temores con tan repentinos sobresaltos, aunque para quien tambien sabia en lo que habia de parar, y los medios, ninguno puede decirse sobresalto, ni podia tenerle sino es por su voluntad y eleccion; pero destas subitas mudanzas solo tomó lo que era penoso, por no pasar sin toda pena: pero pues esté párrafo no ha sido posible acortarle bien sera al menos cortarle.

Viendo los ministros del infierno que el cuerpo se habia

encogido mucho, temiendo no se desgarrase la mano al tiempo de alzar al otro barrenó, por esto inventaron una diligencia, que fué atarle el brazo fuertemente por la muñeca á la cruz, con ciertas vueltas de recio cordel, porque de la otra parte pudiesen tirar á su placer sobre seguro; y por que el sayon que habia de tirar del otro brazo diese lugar al que habia de hincar el clavo en la mano derecha, ató otro cordel junto con aquella mano, tirando con toda su fuerza; sonó el descoyuntamiento de los huesos, y extendidos los nervos de ambos brazos, hicieron cumplidamente llegar la mano al barrenó distante, y sirviéronse de la primera industria, atando la muñeca á la cruz, por que al atar de los piés no desgarrase alguna de las manos, por que tampoco ellos llegaban al lugar señalado. Alzando la cruz, se renovaron los gritos de aquella gente, y dejando caer la cruz en el agujero que habian cavado en una peña, dando un grande golpe, lloraban amargamente los devotos, gritaban los incrédulos, y la madre, que tan martillado tenia el corazón, se postró en tierra cuando vió á su Hijo levantado en el aire; entonces, para que mas pronto clavasen los piés, y para eso tirasen dellos, atanlos con otro recio cordel, concertándolos primero cómo habian de ser en clavados, y colgándose dellos el verdugo, que tiraba, asientan otro clavo mas recio, que para ellos tenían guardado: desta manera fué estirado el santo cordero en el asador de la cruz, aunque sus huesos no fueron quebrados, pero fueron tan desgovernados, que no sólo fueron contados, como él dice en un salmo, mas aun desparcidos, como se dice en otro. Entre tanto procuran poner el título para deshonrarle, y quitan los cordeles de las muñecas por que ya no colgase el cuerpo dellas, sino de los clavos, que dolian mucho mas; y desta manera quedaron estiradas las cuerdas, que son los miembros del Señor, en aquella verdadera arpa, que es la cruz. ¡Oh Señor mio! Pero os veo y más doloroso que si fuéredes despedazado; por que cuando despedazan á uno, aunque no muera, la parte cortada no duele ya; más en ti, Señor, ninguna parte hay que no duela, ni queda ninguna junta con otra ni sin dolor inmenso; no quisiste, Señor, ni aun este consuelo; todos tus miembros te quedan juntos y con dolor, significándonos que todos nosotros, que somos tus miembros juntos, te dimos tormento en la cruz, y que todos debiamos de dolernos contigo en ella, como miembros tuyos. Y no se acabó aquí el dolor ni su crecimiento, por que se le dieron muy grandes los golpes que en las cuñas daban los ministros, porque la gente no derribase la cruz, los cuales eran nuevos de los que recibió cuando le crucificaban. Estas diligencias, industrias e invenciones para atormentar al Señor, no son invenciones ni imaginaciones mías, sino sacadas de los doctores que la pasión y dolores del Señor traen continuamente en la consideración; y aunque no estén tan en particular en la historia del Evangelio, muchas han recibido por revelación muchas personas santas y devotas y cuando no, de la rabiosa envidia de los fariseos y de otras cosas que el Evangelio dice, donde se declara su inhumanidad, se coligen en buena razón; porque, así como entre cristianos y aun entre gentiles no hay gente tan bárbara que no se duela de ver atormentar á uno, aunque segun leyes humanas lo tenga merecido, y así suelen rogar y aun pagar á los ministros de la justicia para que con suavidad ó sin rigor ni mal tratamiento la ejecuten; así se puede creer de aquella gente tan indigna y rabiosa contra el Redentor, que, de mas de la inhumanidad que los ministros de la muerte del Señor tenían, les rogarian y compagarian para que inventasen nuevas invenciones de tormentos con que ellos hartasen la rabiosa hambre de la enemistad que le tenían; y esta licencia de pensar nos dió el Espíritu Santo cuando dijo: Hicieron con él cuantas cosas quisieron, y cierto es que quisieron muchas.

Puesto, pues, el Señor en alto con tantos dolores, le sobrevino otro, no de los menores, que fué tener al pie de la cruz á su santa Madre tan dolorosa y desconsolada. En el discurso pasado preguntamos por qué habia el Señor consentido que su Madre se hallase presente á sus dolores y afrentas, y respondimos con una razón de San Agustín á ella; agora respondemos con otra del mismo, y es, por que quiso el Redentor que la redención de los hombres fuese tan copiosa, que no quiso dejar dolor que no gustase por los hombres; y así, no quiso partir del mundo sin este dolor; el cual, cuán grande haya sido entenderlo á quien considere cómo por momentos iba creciendo en el Hijo y en la Madre; porque al Hijo, allende de sus dolores, se le allegaba el que tenia de ver á la Madre, y á la Madre se le añadia el que el Hijo tenia de verla á ella dolorosa. Luego al Hijo se le doblaba por ver á la Madre, no solo desconsolada por verle tan llagado en el cuerpo, pero por pensar la llaga de su alma, de verla á ella llagada de pensar que su pena acrecentaba la del Hijo, y así, se iban multiplicando los dolores en el uno y en el otro; así como si uno se está mirando en un espejo, si tiene otro espejo en el pecho enfrente del otro, allí se representa la figura del primero con la del que se está mirando, y en el primero se torna á representar el del pecho con la representación del primero que está en las manos, que tiene del segundo y su figura, y así se van las figuras y espejos multiplicando: así eran aquí el Hijo y la Madre con la multiplicación de sus dolores. Solo en una cosa hay diferencia, que los espejos envían sus especies cada vez más flacas, y vienen á tanta flaqueza, que apenas pueden percibirse, y aun la imaginación nuestra cerca de los espejos y de la reflexión de los dolores del Señor y de su Madre se va tambien enflaqueciendo, de suerte que á pocos lances no alcanza ser conocimiento distinto; pero los dolores destas dos lumbreras antes iban cada vez tanto más creciendo, cuanto se iban más multiplicando; y así no hay poder recoger ni apear que tanto fuese este dolor, sino dejallo al que lo padeció, y contentarnos con solo entender que corre más que nuestra corta imaginación. En medio destes dolores se le ofreció al Señor una ocasión para no sentir ninguno, que tuviera otro por dichosísima, á tal tiempo, y fué una piedad que usaba la justicia entonces con los injusticiados, que era darle una cierta bebida de cierto vino, conficionado con mirra é incienso, que tiene virtud de adormecer el sentido y como embotarle para que no se sienta el dolor; pero el Señor, aunque lo gustó por no carecer de aquella amargura, dice el santo texto que no lo quiso beber; y así como desafiando al dolor y desechando de sí todo aquello con que pudiera defenderse en aquel desafío, esperó la muerte, y así comen-zó, despues de sus dolores, á sentir los frios tristísimos de

la muerte; y diciendo que todo era ya cumplido y acabado, bajando la cabeza, sintió á la misma muerte y espiró. Este es, cristiano, el paso donde no puede tu alma, sin grande y vergonzosa nota, dejar de sentir los intensos trabajos de tu Dios y Señor, y llorar tus pecados que los causaron, y agradecer el inmenso beneficio que de allí te resultó, y admirarte de la gran misericordia y piedad que Dios usó contigo en padecer tantos dolores y muerte tan á solas por tí, tantos años antes que nacieses y pecases, y juntamente de la ceguedad e ingratitud de aquella gente, deque, sin tener sentido ni conocimiento, se alteraron las criaturas en aquella hora. El velo del templo se abrió, como diciendo que el arca del Señor, que antes solia salir á las batallas, si pudiera, saliera á favorecer al desamparado, y para que Dios Todopoderoso desde su silla viesse lo que pasaba; el sol se oscureció, alludiendo á lo que en tiempo de Josué se detuvo, por que no se cumpliera la victoria del demonio contra el Señor; la tierra tembló, no pudiendo sufrir tan grande agravo, y temblando, mostró que sufría contra su voluntad tanto mal, y no pudo hacer más de sacudirse de lo tener en sí colgado; y las piedras se herian, para mostrar que los corazones empedernidos son los que merecen ser heridos, y no el Señor justo; los monumentos se abrieron para que á los muertos no fuese escondido este negocio, y ellos, como meros jueces, se levantaron á ver cosa tan extraña.

DE FRAY HERNANDO DE ZÁRATE.

CORONA POÉTICA

DE AUTORES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

PARCE MIHI DOMINE

Perdóname, Señor, que te he ofendido;
Perdona al miserable que te llama;
Perdona el desamor que te he tenido.

No me condenes á la eterna llama,
Mas vuelve esos tus ojos á mirarme;
Sufré al que por amarte te desama.

Valga para contigo confesarme,
Y válgame ante tí llorar mi ofensa,
Y plegate hora un poco de escucharme;

Que si tu gracia en esto me dispensa,
Y me ayudas, Señor, en lo que digo,
Servirá el acusarme de defensa.

Pecador soy, Señor, tú eres testigo;
Que á tus divinos ojos no hay negarlo,
Pues desde mi niñez andas conmigo.

Y aunque via que á tí el disimularlo
Era tiempo perdido, no por eso
Dejé de amar mi mal y ejecutarlo.

¿Quién te podrá contar aquel proceso
Y aquella larga historia de mis males,
Que el corazón me ahogan con su peso?

Vergüenza hé de pensar en los mortales
Pecados que en tus ojos cometia,
Con que dejaba atrás los animales.

¿Quién duda, pues, que cuando te ofendia
Tú gran misericordia me miraba,
Y al fin callaba, amaba y me sufría?

Tu gran paciencia allí disimulaba;
Que antiguo oficio tuyo es el tenella,
Y yo, perverso, tanto más pecaba.

Apagado se habia la centella
De la luz que en el alma me pusiste,
Participada de tu lumbrera bella.

Quedóse el alma en noche oscura y triste,
Traspuesto el sol de tu conocimiento,
Que de tu resplandor se cubre y viste.

Así, de la virtud perdido el tiento,
Me vine despeñando en tal estado,
Que me trajó á perder el sentimiento.

Vine, pues, de un pecado á otro pecado,
Y un abismo llamó á un otro abismo,
Que así van siempre cuantos te han dejado.

Al fin, estando ajeno de mí mismo,
Entregado del todo á mi deseo,
Llegado ya al postrero parosismo,

Vuelto del ser humano en monstruo feo,
Habiendo hecho en mí tan fiero estrago,
Que apenas me conozco, aunque me veo.

Viéndome estar en tan profundo lago,
Aun allí no acababa de volverme
A tí, de ciego, que era un justo pago.

¡Oh, gran Señor, que tú, por no perderme,
Me fuiste allí á buscar y á despertarme
Del sueño, del que yo no sé valerme!

Comenzaste á llamar y más llamarme,
Y, movido á piedad, tu santa mano
Me distes, con que pude levantarme.

Pues, ¿qué me queda ya, bien soberano,
Sino pedir perdón de lo ofendido,
Y alabar mi salud, pues estoy sano?

(De Fray Malon de Chaidé.)

DE CÓMO FUÉ PROFETIZADA LA PASION.

Grandes cosas nos dijeron
Las antiguas profecías,
Y muchas se atribuyeron
A la pasión que le dieron
Al verdadero Mesías.

Dijeron que ser tenia
Preso y aún muy maltratado,
Y dijeron que sería
De su sierva compañía
Dejado y desamparado:

Y que habia de ser atado
Y ante el juez Pilatos puesto;
Muy crudamente azotado
Y falsamente acusado
Con sombra de gran denuesto.

Dijeron más: que sería
Con espinas coronado;
Y que de loco ternia
La ropa que se vestia
Y que sería ordenado.

Y más: que habia de llevar,
Por redoblar sus pasiones
Y por más le atormentar,
La cruz, y que habia de estar
En medio de dos ladrones.

Item más, que beberia
Vinagre y amarga hiel;
Que en una cruz moriria,
Y que su muerte sería
Muy más dulce que la miel.

Dijeron que su costado
Seria de lanza herido,
Y que sería sepultado,
Y que por lo ya contado
Seria el mundo temido.

Escribieron que tendria
Enterramiento de canto,
Y que en él guardas habria,
Y tres dias estaria
En aquel sepulcro santo.

(Anónimo.—Impreso en Córdoba sin lugar ni año.)

EL SEÑOR Á SAN PEDRO

«No te muestres tan constante,
Pedro, que no lo serás,
Que yo te digo que ante
Que esta noche el gallo cante
Tres veces me negarás.»

San Pedro, lo que prosigo,
Respondió de buena fé:
«Señor, haré lo que digo,
Y si conviene contigo
Morir, no te negaré.»

Así, nuestro Redentor
Sus siervos luego dejó,
Y fué con gran fervor
A do con mucho temor
Otra vez al Padre oró.

Aquella misma oracion,
Que la otra vez hacia
Y nunca á su petición,
Hecha con tal contrición,
El Padre le respondia.

Y á la vez ya postrimera,
Que á la oracion tornó,
Con fatiga lastimera
Que la muerte le pusiera,
Lo que sigue añadió:

«Padre, si has ordenado
Que de todo en todo muera,
Que se cumpla lo mandado,
Pues ser por mí remedio
El linaje humano espera.

»Pero con gran afición,
¡Oh piadoso Señor Padre!
Porque sé que mi pasión
Ha de herir su corazón,
Te encomiendo aquella Madre.

»Que si de tí es olvidada
En una cuita tan fuerte,
¿De quién será consolada
Cuando sepa la embajada,
Del cuchillo de la muerte?

»Mis discípulos, Señor,
De tí sean amparados,
Que á causa de mi dolor,
Como ovejas sin pastor
Andarán descarriados.

»Que aunque quisieran mirar
Por aquella triste Madre,
No tendrán ese vagar;
Tú solo los puedes dar
Consolacion, Señor Padre.»

(Anónimo.—Córdoba, sin fecha ni año.)

Á LA ORACION DEL HUERTO

Hincado está de rodillas,
Orando á su Padre inmenso
El que á su diestra sentado,
Juzgará vivos y muertos.
Como ha de morir en monte,
En el monte está el Cordero,
Para ver, pues dió la hostia,
El cáliz donde la ha puesto.
A las palabras que dice
Las penas se enternecieron,
Que á penas de Dios, las penas,
Saben hacer sentimiento.
De ver á Dios de rodillas
Se está deshaciendo el suelo,
Aunque á los rayos del Padre,
Se huela de verle en medio.

Si dice Dios que su alma
Tristeza está padeciendo,
¿Cómo ha de ver cosa alegre
En la tierra ni en el cielo?
Que para verificarse
Que era hombre verdadero,
Fue menester que su carne
Tuviese á la muerte miedo.
Al fervor de la oracion
Sudó sangre todo el cuerpo:
Que sus delicados poros
Quedaron todos abiertos.
Aquel bálsamo precioso
Cogió la tierra en su seno,
Que como es hijo del hombre
Quiere guardar su remedio.
Echóse en la tierra Cristo:
Su rostro la deja impreso;
Que es de amantes dar retratos
Cuando se están despidiendo.
El Padre vuelve la espalda
Para que en sus hombros tiernos,
Den los rayos de su ira,
No al suelo que está cubriendo.
En fin, volviendo la cara,
De su mismo Padre espejo
Movió el cielo con la voz,
A lástima y á silencio.
«Pase este cáliz de mí
Si es posible, Padre eterno;
mas no se haga la mia;
Tu voluntad obedezco.»
Crecieron tanto las ansias,
Que fue menester que luego
Rompiendo un ángel los aires,
Bajase á darle consuelo.
¡Ay Jesús de mis entrañas!
¿Cómo habeis venido á tiempo,
Que os consuelen, siendo Dios,
Las criaturas que habeis hecho?
¿A dónde estais, Virgen pura?
Que á falta vuestra los cielos,
Un ángel á Cristo envian:
Llegad y esforzadle presto,
Decidle: Dulce hijo mio,
Cuando ayunásteis vinieron
Mil ángeles á esforzaros
Con soberano sustento;
Cuando nacisteis bajaron
Dos mil ejércitos bellos;
Y cuando vais á morir
Uno solo viene á veros.
Limpiadle, Virgen piadosa,
La sangre con los cabellos.
Y pues le deja su Padre,
Vea á su Madre á lo ménos.
Id vos con ella, alma mia,
Entrad tambien en el huerto,
No sospechen que os quedais
Con el que viene á prenderlo.
Decidle: Dulce Jesús,
Aquí estoy al lado vuestro,
Para padecer con vos,
No para negaros luego.
Vámonos presos los dos,
Pues vais por mis deudas preso.
Cinco mil son los azotes;
Muchos son; partir podemos.
De Lope de Vega (*Romancero Espiritual.*)

ROMANCE.

En un monte alto y fragoso,
Viernes, cuando anochece,
Vi un muerto tan desangrado,
Que todo el campo tenía.
En su triste muerte fueran
Aun los de su compañía,
Porque, con ser inocente,
Réciamente padescia,
Y para matar al justo
Todo el pueblo se movia.
Su triste Madre, llorando,
Sobre el cuerpo se tendia;
Ya se desmaya sobre él,
Ya revive, ya sospira;
Con sollozos y sospiros
Toda turbada le mira.
Vé turbada la figura
Del que antes resplandecia;
Contempla el rostro cubierto
De sudor vivo y saliva,
Sale denegrido y lleno
De sangre cuajada y fria;
Vé la cabeza abollada
De los golpes que tenia,
Y la corona sangrienta
Por la cabeza metida,
Las llagas y cardenales
Que el cuerpo todo tenían.
Vé las espaldas abiertas;
Por allí sus huesos via;
Mira la cruel lanzada
Que el corazon descubria,
Vé las venas agotadas,
La cruz con sangre teñida.
Con vistas tan dolorosas,
La Virgen, triste, decia:
¿Quién os ha parado tal,
Hijo, en este santo dia?
Padesciera yo por vos,
Fuera yo por vos vendida;
Pero ya que vos sois muerto,
¿Por qué me dejastes viva?
¿Por qué os vais, Hijo, sin mí,
Pues yo con vos padescia?
¿Cómo vivirá sin vos
La que antes con vos vivia?
(Del *Cancionero de Ubeda.*)

Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN LA CRUZ.

De amores estaba Cristo
Mal ferido y mal llagado,
En una cruz extendido
Por más mostrar su cuidado:
El ánima se lo dice
De quien está enamorado.
Mira, ánima, lo que digo,
Advierte lo que te hablo;
Si tú, ánima, me amases
Gozarías mi reinado;
Ángeles y potestades
Te sirvieran muy de grado,
Los más altos serafines
Con un amor abrasado.
Si lo hás por la hermosura,
En todo soy acabado;
Tengo la madre doncella,
Que sobre el poder humano
Ab eterno preservada
De mácula de pecado;
Hermosa como la luna,
Huerto de olores cerrado,
Escogida como el sol
Sobre todo lo criado;
Poderosa en fortaleza
Como ejército ordenado;
Fuerte ventana en el cielo,
Ciudad de Dios puesta en alto;
Estrella del mar luciente
Para aqueste mar mundano,
Como paloma sin hiel
Y como un cristal cendrado:
Esposa del Dios eterno,
Madre del Verbo encarnado.
Pues si lo hás por amores,
De amores estoy llagado;
Mira mis manos abiertas,
Asómate á ese costado,
Verás el alma más linda
Que mi Padre ha fabricado.
De las batallas de amor
Aquesta corona traigo.
Estas palabras diciendo,
Con un suspiro abrasado,
Se despide de su Madre
Y de San Joan Regalado.
Adios, mi querida Madre;
Adios, discípulo amado;
Adios, fuerte Magdalena;
Adios, caro apostolado.
Solo vos ireis conmigo,
El mi frudoso cayado,
Que para salvar las almas
Tambien me habeis ayudado.
(El *Cancionero de Ubeda.*)

Á LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA

Sin Esposo, porque estaba
José de la muerte preso;
Sin Padre, porque se esconde;
Sin Hijo, porque está muerto;
Sin luz, porque llora el sol;
Sin voz, porque muere el Verbo;
Sin alma, ausente la suya;
Sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
Sin tierra, que todo es sangre;
Sin aire, que todo es fuego;
Sin fuego, que todo es agua;
Sin agua, que todo es yelo;
Con la mayor soledad,
Que humanos pechos se vieron,
Pechos que hubiesen criado,
Aunque virginales pechos,
A la cruz de quien pendia
Un rojo y sangriento lienzo,
Con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma y Dios muerto,
La Sola del Sol difunto
Dice, con divino esfuerzo,
Estas quejas lastimosas,
Y estos piadosos requiebros:
«¡Oh, retrato victorioso,
Donde el Capitan Eterno,
Por dar á los hombres vida
Venció la muerte muriendo!
¡Oh, escala de otro Jacob,
Mas con tres pasos de hierro
Tan alta, que por subirla,
Piés y manos puso en ellos!
¡Oh, caja de mis cuchillos!
¡Oh, mesa en que estuvo puesto
Aquel soberano Pan
Atravesado en el leño!
Pues solo nos han dejado,
Yo sin Hijo y vos sin dueño,
Consolémonos los dos,
Pues los dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina,
Para nacer de mi pecho,
Y á vos por mayor favor
Para morir en el vuestro.
Pues como á vos os adoran
Ángeles, hombres y cielos,
Morir en vos fue lo más,
Y nacer de mí lo ménos.
Más merecen vuestros brazos
Las horas que le tuvieron,
Que los años que las mias
Le dieran dulce sustento.
Madre suya pareceis,
En darle al mundo, aunque muerto;
Pero dáisle mil dolores,
Y yo le parí sin ellos.
Leona sois en el parto,
Aunque yo os le dí Cordero,

Mas pues que blanco os le dí,
¿Por qué me le dais sangriento?
Cuando mi parto no os ví,
Y vos me veis en el vuestro,
Aunque pues fué sobre tablas,
Bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron María,
Por la amargura que tengo,
O porque vos, nave santa,
Habeis pasado mi estrecho.
Pero puesto que soy mar,
Tanta ventaja os confieso,
Que desde que fuisteis fuente
En vuestros aguas me anego.
Fue del Espíritu Santo,
Mi virgen vientre cubierto,
Para que estando á su sombra
Sufriese el Sol tan inmenso.
Y aquí á la sombra de un árbol,
Vivo de mi Sol tan léjos,
Que con ser del cielo gloria,
Amanece en el Infierno.
Huerto me llamó mi esposo,
Más no pensé que en mi huerto
Hubiera un árbol tan fuerte
Que tuviera á Dios en peso.
Aquel fruto soberano
Fue de mi vientre primero;
Nació como trigo en pajas;
Racimo me lo habeis hecho.
¡Oh, dulce leña de Isáac,
Llevada en hombros más tiernos!
Dadme esa estampa de sangre
Pues que no me dais el cuerpo,
Dijo la Virgen María,
Y dándole dulces besos,
Dió rosas y tomó rosas
La zarza verde en el fuego.
Corazon de piedra dura,
Quedad llorando deshecho
Que la muerte de Dios Hombre
Las piedras parte por medio.
(De Lope de Vega *Romancero Espiritual.*)

ROMANCE DEL ENTIERRO

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En el doloroso entierro
De aquel Justo ajusticiado,
Que por culpas, y no suyas,
Quiso morir en un palo;
Las campanas clamorean
De los sensibles peñascos,
Que es bien que las piedras hablen
En tan lastimoso caso.
Viste el sol bayeta negra,
Y la luna monjil basto,
Capuces la tierra y cielo,
Que eran del muerto criados.
La noche colgó de luto
Las paredes del Calvario,
Y el templo pésame dió
Sus vestiduras rasgando.
Las hachas son amarillas,
Que los celestiales astros
Como vieron su luz muerta,
Amarillos se pararon.
De la Caridad, vinieron
A enterrarle dos hermanos,
Y los de la Veracruz,
Con algunos del Traspaso.
Angustias y Soledad
Al difunto acompañaron,
Que era su Madre cofrada,
Y la primera que ha entrado.
No vino la clerecía,
Pues de doce convidados,
Uno solo se halló en él;
Que era del difunto amado.
Para amortajar el cuerpo
Dió un piadoso cortesano
De limosna una mortaja,
De su inocencia retrato.
Con olorosos ungüentos
Ungen el cuerpo llagado,
De los vasos de sus ojos
Mirra amarga destilando.
Hizo la Madre el acetre
De sus ojos lastimados,
Derramando agua bendita,
Al *Pater Noster*, llorando
Llevan al difunto Dios
En los dolorosos brazos,
Con lamentables suspiros,
Tristes responsos cantando.
Llegan al sepulcro ajeno,
Y fue pensamiento sábio,
Pues para solos tres dias
Bastó un sepulcro prestado.
Abrió la boca el sepulcro
Y recibió á Dios temblando,
Que aun las piedras, si comulgan,
Han de temblar comulgando.
Alma, ven á las exequias
De Jesús, tu enamorado,
Que yace por tus amores
En su sangre revolcado.
Mira sin luz á la Luz,
Sin vida al que te la ha dado,
Condenado al Salvador
Por salvar al condenado.
Mira por tí á Jesús muerto,
Y que muerto y enterrado
Te dice: «¡Ay, ingrata mia,
Aunque me has muerto, te amo!
Llega á aquestos rotos piés,
A aquestas abiertas manos,
A aqueste rostro escupido,

A este cabello mesado,
Mira cárdena esta boca,
Aqueste cuerpo azotado,
Esta cabeza sangrienta,
Este pecho alanceado.
Alma, llega á mis heridas;
Mas ¡ay! que sangre han brotado,
Cierta señal, alma mía,
Que eres quien me las ha dado.
Yo te perdono mi muerte
Como llores tus pecados,
Que estoy para perdonarte,
Aunque muerto, no cansado.
Cesen ya tus sinrazones,
Alma; baste lo pasado,
Que será hacer de tus yerros
Otra lanza y otros clavos.
Acábense con mi muerte
Tus culpas y mis agravios,
Porque es ofender á un muerto
De corazones villanos.
De tus culpas y mis llagas
Los dos quedaremos sanos,
Si sobre ellas derramares
Mirra de dolor amargo.
En el plato de tus ojos
Me da el manjar de tu llanto,
Y podrás decir que á un muerto
Le dió la vida este plato.
Si me amases como debes,
Viviríamos entrambos,
Tú enterrándote conmigo,
Y yo en tí resucitando.»

(Del Maestro Josef de Valdivielso.)

HIMNO Á LA CRUZ.

(VEXILLA REGIS PRODEUNT)

Las banderas de la luz
Del Rey que por nos padece
Salen fuera, y resplandece
El misterio de la Cruz;
Por el cual, el Hacedor
De la carne en carne humana
Fué puesto de propia gana
En el palo del dolor.

Y encima desto, llagado
Con hierro de cruda lanza
Abrió fuente de esperanza
En su divino costado;
De do, para nos salvar
Del pecado que reynó,
Agua con sangre manó
Por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo,
En versos de dulce canto
Que en testimonio dejó;
Pregonando á boca llena
Por el mundo, en general,
Que Dios reina sin igual
Desde el madero de pena.

¡Oh árbol bello, hermoso,
Resplandeciente, sagrado,
De la púrpura adornado
De nuestro Rey glorioso!
Escogido por señales
De tronco digno sin par,
Que mereciste tocar
Tan santos miembros y tales.
Arbol bienaventurado,

De cuyos brazos colgó
El precio que se nos dió
Del siglo por El comprado;
Y hecho balanza y peso
Del cuerpo precioso tierno,
Trajo el robo del infierno,
Tantos tiempos allí preso.
¡Oh Cruz de consolacion,
Única esperanza nuestra,
Dios te salve, pues te muestra
En tiempo de tal pasion!
Acrecienta la justicia
A los justos sin pecado,
Y á los miseros culpados
Da perdon de su malicia.
A tí solo Dios y trino,
Trinidad en union,
Cuantos espíritus son
Dan alabanza continuo;
Pues tan caro nos compraste,
Gobierna perfectamente
Los que por el excelente
Misterio de Cruz salvaste.

(De Cristóbal de Castillejo.)

SONETO

Rabiosa envidia, odiosos pensamientos,
Vendimiento perverso, precio impuro,
Sudor de sangre, angustias, miedo oscuro,
Linternas, armas, duros atamientos;
Jueces de sangre y fariseos sedientos,
Caída del colegio más seguro,
Testigos falsos, acusar perjuro,
Bofetadas y látigos sangrientos;
Temor de Poncio, temerarias voces,
Salivas súcias, grana y blanco velo,
Espinas, golpes, hiel, clavos atroces,
Ladrones, ara infame, desconsuelo,
Lanza, blasfemias de émulos feroces,
Causaron pena y muerte al Rey del cielo.

(De Arcángel de Alarcon.)

SONETO

Mujer llama á su madre cuando espira,
Porque el nombre de madre regalado
No la añada un puñal viendo clavado
A su Hijo, y de Dios por quien suspira.
Crucificado en sus tormentos mira
A su primo, á quien siempre llamó Amado,
Y el nombre de su madre que ha guardado
Se le dice con voz que el cielo admira.
Eva, siendo mujer, que no habia sido
Madre, su muerte ocasionó el pecado,
Y en el árbol el leño á que está asido.
Y porque la mujer ha restaurado
Lo que sólo mujer habia perdido,
Mujer la llama y madre la ha prestado.

(De D. Francisco Quevedo.)

SONETO

De tí muerto, Jesús, nace la vida,
Que, muriendo, á la muerte distes muerte,
Y de tu amor nos vino aquella muerte
Que nos levanta á nueva y mejor vida.
Muerte más venturosa que la vida,
Pues libra al hombre de la eterna muerte,
Y así, mayor tesoro que tu muerte
Nunca le tuvo ni tendrá la vida.
Del sentido la vida me da muerte,
Porque su muerte puede darme vida
Que no tema las fuerzas de la muerte.
Muriendo vivo, y muero estando en vida,
Y estoy tan deseoso desta muerte,
Que por poder morir amo la vida.

(De Fray Pedro de Padilla,
Jardin espiritual.)

SONETO

CRISTO PENDIENTE DE LA CRUZ

Este es el santo trono, y ensalzado,
Gloria del Salvador, al mundo afrenta,
Lecho de fuerte amor, que lo acrecienta,
Altar para su gran pontificado.
Este, aquel duro y penetrante arado,
Que abrió la tierra estéril y sedienta,
Donde el grano de trigo muerto aumenta
A millares el fruto deseado.
Ya cuando la corona ornó su frente,
Todo lo trajo á sí, que á tanta alteza
Estaba prometido el señorío.
Y en acto de jurar un rey potente,
Al descubrir su antigua fortaleza,
Ganó el gentil lo que perdió el judío.

(De D. Luis de Ribera.)

Á LA VÍRGEN

¡Oh, Virgen, de quien tiembla Bercebú,
Abscondido en los ídolos de Acázl
Tú fuiste de la tierra arco de Paz
Por ser de gracia un celestial Pirú.
Las almas justas enamoras Tú
Mejor que el fabuloso y vil Rapaz,
Y el infierno se asombra de tu Faz
Cual niño simple de fingido Bú.
Que si Eva en constancia Cascabel
Dió fruta que de muerte fué el Crisol.
Con más ahogo que flemoso Atun,
Tú diste fruto dulce más que Miel,
Luciente más que en gavias el Farol,
Más bello que Moisés entre el Betun.

(De Bonilla.—Nuevo jardin de flores divinas.)

ANUNCIOS

GRAN DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIASTICAS,

TEOLOGÍA DOGMÁTICA Y MORAL, SAGRADA ESCRITURA, DERECHO CANÓNICO Y CIVIL, PATROLOGÍA, LITURGIA, DISCIPLINA ANTIGUA Y MODERNA,
HISTORIA ECLESIASTICA, PAPAS, CONCILIOS, SANTOS, ÓRDENES RELIGIOSAS, CISMAS Y HEREJÍAS, ESCRITORES, PERSONAJES CÉLEBRES, ARQUEOLOGÍA,
ORATORIA SAGRADA, POLÉMICA, CRÍTICA, MISIONES, MITOLOGÍA, ERRORES MODERNOS, ETC., ETC.
Y PRINCIPALMENTE CUANTO SE REFIERE A NUESTRA ESPAÑA,

PUBLICADO

BAJO LA PROTECCION Y DIRECCION DE MUCHOS SEÑORES ARZOBISPOS Y OBISPOS

POR LOS SEÑORES

DR. D. NICETO ALONSO PERUJO, Doctoral de Valencia, DR. D. JUAN PEREZ ANGULO, Dean jubilado de Manila,

Y OTROS MUCHOS DISTINGUIDOS ESCRITORES ECLESIASTICOS, CADA UNO DE LOS CUALES FIRMARÁ LOS ARTICULOS QUE ESCRIBA

(Con licencia de la autoridad eclesiástica)

Este Diccionario será el más completo de cuantos se han publicado hasta hoy.

En él se refunden los Diccionarios de Teología dogmático, de Bergier, y su Suplemento; el de Moral, de Pierrot; los de Derecho Canónico, de Ferraris y André; el de Sagrada Escritura, de Calmet; el de Disciplina, de Tomasino y Bourassé; los de Liturgia y Antigüedades cristianas, de Avedichian, Jehan y Martigny; el de las Herejías, de Pluquet; el Enciclopédico alemán, de la Teología católica, de Wetzer y Welte, etc., etc., depurados y acomodados á la más severa ortodoxia, proverbial en nuestra España.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

La obra constará de diez tomos en folio menor, segun la distribución arriba inserta, impresa á dos columnas en papel y tipos iguales á los de este prospecto. Su coste total será de *cuatrocientos cuarenta reales*.
Los señores suscritores abonarán ocho reales al mes hasta completar el importe total de la obra, y recibirán ésta, ó por cuadernos de 64 páginas, ó por tomos terminados, á su eleccion.
Los señores seminaristas que se suscriban por conducto de la secretaria de su Seminario, podrán adquirir la obra pagando *dos reales* semanales.
Los señores suscritores que adelanten en el primer semestre de 1883 el importe de la obra, recibirán esta por *cuatrocientos reales*.

El que reuna diez suscripciones recibirá gratuitamente un ejemplar de la obra. Una vez terminada se aumentará su importe.
Si por la abundancia de material la obra resulta más extensa de lo que se anuncia, no se aumentará nunca el importe fijo de 440 rs. que se señala para los señores suscritores.
Administración: Librería Católica de San José, G. Tejado y Compañía, Arenal, 20, Madrid.
Se admiten suscripciones en las librerías católicas y en casa de los señores Corresponsales de la Librería de San José.

MADRID.—Imp. de F. Maroto é Hijos, Pelayo, 34